
La filosofía de Tomás de Aquino, tradición viva

MIGUEL ÁNGEL SOBRINO

Encontrar a finales del siglo XX un espacio adecuado para el pensamiento de Tomás de Aquino en la reflexión filosófica realizada en nuestro país tiene sus dificultades. Sería más fácil escribir sobre la modernidad, dejándonos llevar del impulso del progreso; creer en el avance sin límites de la civilización, en la fuerza del espíritu creador o bien ponerlo todo en tela de juicio; destruir tabúes, derribar estatuas con una satisfacción apenas disimulada ante su caída, o bien mantener enhiesta la gran figura de Tomás de Aquino, hablando con insistencia de un pasado mejor y, valiéndonos de su persona, invocar, como los antiguos, a los "dioses primitivos".

Ante la crisis actual en que se encuentra la reflexión filosófica, propiciada en gran parte por el pensamiento posmoderno, y la constante crítica y minusvaloración al pensamiento del medioevo en épocas anteriores, se nos presenta la ocasión para reflexionar en torno al valor que la filosofía de Tomás de Aquino tiene actualmente, qué sentido tiene el hecho de que dicha filosofía sea presentada como "tradición" y qué podemos aprender realmente de ella. En otras palabras, ¿por qué y cómo, en nuestra época, referirnos a un autor del pasado, en especial a uno que pertenece a la Edad Media?

Abordar y dilucidar estas cuestiones tiene no poca importancia, pues para un gran sector del pensamiento contemporáneo y posmoderno no hay lugar para la

filosofía del Aquinatense y mucho menos para todo el pensamiento medieval, el cual es considerado como "oscurantista". Para el pensamiento moderno, Tomás de Aquino, teólogo y filósofo, es "asunto" de curas y frailes, de sus comentaristas y repetidores, asunto de Seminarios o de facultades religiosas; en resumen, de una cultura muerta que la cultura viva se siente autorizada para ignorarla y sepultarla. Cuanto más, puede interesar como uno de tantos "productos" culturales de la Edad Media, como un "documento" insigne y significativo para aquel tiempo, como un objeto más de nuestra "arqueología del saber". En otras palabras, el Aquinatense puede interesar únicamente desde un punto de vista estrictamente filológico e histórico dentro del contexto socio-cultural de su época. Ante esta situación, qué podemos decir.

Aunque no es un elemento de reflexión filosófica quiero partir de un hecho conocido por todos y que de una u otra forma ha contribuido al rechazo del pensamiento de Tomás: la Iglesia católica a través de su Magisterio presenta —y ha presentado— el pensamiento de Tomás de Aquino como una de las piedras angulares de su reflexión, y como la única filosofía verdadera y auténtica a cuya luz hay que esclarecer todas las demás elaboraciones filosóficas, discernir los errores contemporáneos e interpretar la realidad. Recordemos que la encíclica *Humani generis* de Pío XII (1950) dedica un largo párrafo a la importancia de la filosofía para la preservación de la fe —se sobreentiende que se refiere a cierto tipo de reflexión filosófica sistemática y no a todo el panorama de sistemas filosóficos. La misma encíclica pone a los católicos en guardia contra ciertas novedades del pensamiento contemporáneo, y subraya la actualidad de Tomás de Aquino tanto para la ela-

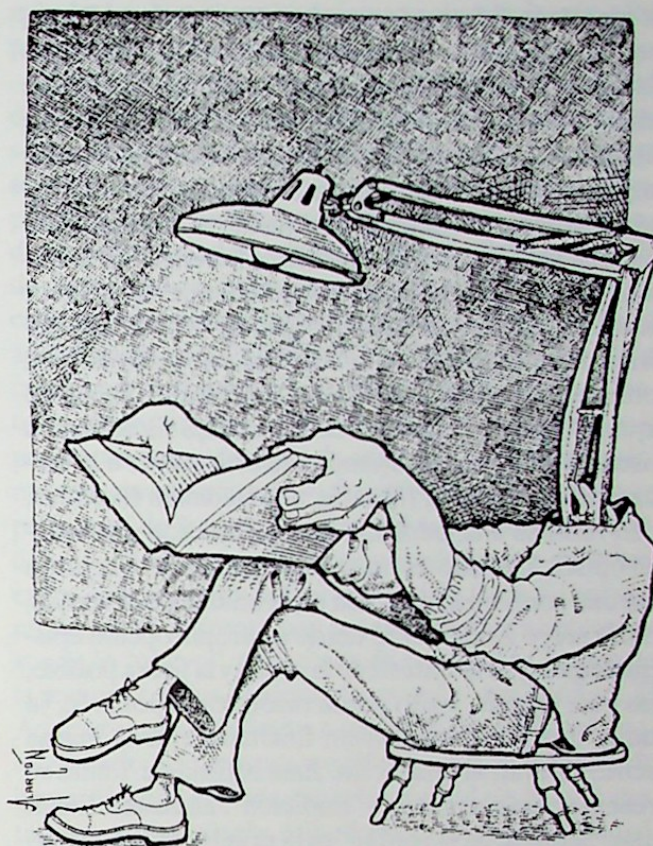
MIGUEL ÁNGEL SOBRINO. Profesor-investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Autor de varios libros y de diversos artículos sobre temas filosóficos

boración de una filosofía “que responda a las necesidades de nuestra cultura moderna”, como para una teología propiamente dicha, ya que la doctrina tomista es perfectamente armonizable con la revelación.

Esta afirmación y postura es reiterada de nuevo en los últimos años en múltiples ocasiones en diversos documentos, por ejemplo, en el decreto *Optatam totius*¹ del Concilio Vaticano II, en la carta de Pablo VI *Lumen Ecclesiae*, en el documento *Sobre la enseñanza de la Filosofía en los Seminarios de la Congregación para la Educación Católica*, etc.; sin embargo, a pesar de esa insistencia en torno al valor y posición del pensamiento de Tomás de Aquino, sabemos también que se puede ser miembro de la Iglesia católica sin ser tomista, esta es una verdad mantenida hasta en los medios más ligados al pensamiento tomista.

¿Qué significa entonces esta constante reiteración sobre el valor del pensamiento de Tomás? Ciertamente esta actitud de la Iglesia católica en materia de filosofía, si no es bien comprendida, puede llevar a equívocos. Se puede creer que la recomendación se reduce a indicar la mera repetición del pensamiento de Tomás de Aquino —de hecho, muchas personas así lo han tomado—, creyendo que toda la verdad a la cual se puede acceder mediante la reflexión filosófica ha sido dilucidada por él y, por lo tanto, ya no queda nada por hacer en este campo de la labor intelectual; lo que a su vez conlleva a la afirmación de que toda la reflexión filosófica realizada después de Tomás tiene muchos errores o tiene que ser leída a través de su óptica. Así, lo único que resta a un “profesional” de la filosofía es convertirse en un docente del tomismo, en un repetidor del pensamiento de Tomás, realizar esfuerzos titánicos para adecuarlo a los avances actuales del conocimiento de la realidad, o atenuar dulcemente ciertas afirmaciones de Tomás que contradicen la realidad tal y como ahora la conocemos.

Si a esto se reduce la labor filosófica, puedo afirmar que ya no es “amor a la sabiduría”, es la muerte misma de todo esfuerzo de reflexión filosófica; y, por qué no decirlo, una actitud totalmente contraria al pensamiento de Tomás, quien nunca pretendió, precisamente por ser filósofo y teólogo, un apasionado por la verdad y su búsqueda, ser infalible y, menos aún, haber dado a la humanidad la revelación filosófica definitiva, convencido como estaba, él que juzgó “paja” lo que había escrito, de la debilidad, de la imperfección, de las lagunas de su pensamiento. Es necesario destruir el mito “tomista” si queremos encontrar a Tomás vivo en medio de nosotros. La “demitización” en filosofía no es probablemente una tarea exhaustiva, pero su nece-



sidad es permanente. La demolición de una estatua sólo puede dar lugar a una nueva categoría de experiencias.

Interpretar las afirmaciones que el Magisterio de la Iglesia ha hecho en torno al pensamiento de Tomás como una recomendación al dogmatismo o al fixismo, o como una exigencia a fundar el razonamiento filosófico sobre el argumento de autoridad y considerar a Tomás de Aquino como la última palabra de la reflexión filosófica, sería un craso error. Me atrevo a decir que la principal herencia que Tomás nos legó no son tanto sus escritos, sino su actitud para abordar los problemas y buscarles una solución, en íntimo diálogo con otros pensadores. Más adelante volveremos sobre esta idea, por ahora baste decir que no se trata de “volver hacia atrás”, sino hacer, como hizo Tomás con respecto a la herencia filosófica presente en su tiempo, que el pasado vuelva a nosotros, de tal modo que lo hagamos “presente”, “actual” y “contemporáneo” de nosotros.

Por ser un pensamiento “radical”, “sub-versivo” y “des-inventivo”, la filosofía será siempre un eterno volver a empezar, un esfuerzo siempre renovado de reflexión personal. Ahora bien, el hombre realiza este esfuerzo en la intersubjetividad, en la solidaridad con

los maestros del pasado y, como dice Merleau-Ponty, con "la conciencia del vínculo secreto que hace que Platón esté aún viviente entre nosotros".² A nadie debe extrañar que para nosotros, hombres de finales del siglo XX, el pasado filosófico de Tomás de Aquino tenga —y pueda tener— un interés particular y merezca permanecer "viviente entre nosotros"; pues su obra es parte del patrimonio filosófico, herencia de la humanidad. Ningún hombre que se adentre en la labor filosófica puede desconocer o ignorar la memoria histórica de la filosofía, en la cual nos encontramos con hombres como Sócrates, Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, y tantos otros. El trabajo filosófico de Tomás es un preclaro ejemplo de este volver a la memoria histórica de la filosofía, a la tradición filosófica.

El retorno a la tradición la realizó desde una especial óptica. Llevado de un respeto inmediato a la razón y de una confianza intrépida en la unidad de la verdad, Tomás creyó firmemente desde su propia opción epistemológica que la síntesis de la razón y la fe era posible, más aún, exigida, tanto por la razón como por la fe, ya que la una y la otra derivan finalmente de la misma fuente y llevan al mismo fin. Esta actitud de Tomás se presenta como la más rica "tradición". El mismo Tomás como "amante de la verdad" es la prueba de lo que afirmo: él a fuerza de mantenerse fiel a la tradición y de hacerse discípulo de todos —de Platón, de Aristóteles, de los neoplatónicos, de los Padres, de los pensadores árabes y hebreos— ha sido un gran y audaz innovador.

Sin embargo, no podemos olvidar que las tradiciones no viven en los libros, en los legajos y documentos, en los museos o en ciertas instituciones. Las tradiciones en esos lugares se embalsaman. Tradiciones muertas o amortiguadas son también aquellas que sólo se repiten en la costumbre y por la fuerza de la costumbre de los pueblos, sin entrar en cuestión, sin interpelar a nadie y "porqué sí". Cuidar de las tradiciones así entendidas como un depósito es cuidar de lo que apenas merece cuidado alguno. Cuidar de la "tradición tomista" —o en su caso de la tradición kantiana, hegeliana u otra— así entendida es cuidar algo ya muerto, que no merece atención alguna.

Pero las tradiciones son algo más que la inercia de un pasado irredento o conservado artificialmente —¿por qué razón?— en los archivos o en el baúl de los recuerdos. Si han llegado hasta nosotros es posible que no se deba sólo a la inercia de lo que fueron y si han persistido es quizás debido a lo que pueden ser todavía. Queremos decir que las tradiciones prometedoras —como la "tradición tomista"— esconden una posibilidad aún no realizada, una esperanza que puede

granar y por eso se conservan en vistas al futuro. Pero esas tradiciones, si han de ser lo que deben o lo que pueden ser todavía, han de pasar por la aduana de la libertad y de las decisiones concientes y responsables, y en modo alguno pueden colarse sin revisión y control. Sólo cuando los pueblos se hacen cargo de sus tradiciones con responsabilidad, cuando conocen y reconocen de dónde vienen y hacia dónde van, las reviven y su futuro queda abierto y desbloqueado. Entonces deja de ser un peso muerto, una carga más que una fuerza para la vida de la comunidad que las comparte, algo más que folclor enlatado, que ese folclor que tiene siempre más espectadores que participantes. Y se convierten en tradición viva, viva y vivificante.

Las grandes tradiciones filosóficas de la humanidad valen más por lo que pueden ser todavía que por lo que han sido. Recuperarlas en el presente puede servirnos para orientarnos hacia el futuro, sobre todo en momentos de crisis como los actuales. Por lo que respecta a nosotros, podemos decir que el pensamiento de Tomás de Aquino es una herencia cultural que pertenece a nuestra tradición, la cual tiene mucho que decir todavía si nos dejamos interpelar por ella. Y si esto lo hacemos sin hipotecar nuestra libertad y sin ánimo de ence-



rrarnos en ella o en su rutina o en su letra que mata, lo más seguro es que descubramos la importancia del tomismo para el pensamiento contemporáneo. Una cosa es, desde luego, cierta, y es que no podrá hacerlo si no se presenta como una filosofía viviente y actual, abierta al diálogo con el pensamiento contemporáneo y capaz de dar una respuesta a los problemas de nuestro tiempo.

Una tradición viva no es un patrimonio o una herencia que nos permita vivir de rentas. No es un talento que se entierra para guardarlo, si no un talento que se invierte y se negocia para que dé el ciento por uno. Es vida, no un medio de vida. La tradición viva somos nosotros cuando vivimos solidariamente con los que nos han precedido y con los que nos han de seguir. Para que la "escritura se cumpla", esto es, para que sea hoy un acontecimiento lo que hemos recibido y escuchado de nuestros padres y para que nosotros mismos tengamos algo más que entregar a los futuros miembros de la humanidad que unos "inolvidables recuerdos" del pasado y unas raíces muertas y carcomidas que sólo sirven ya para el fuego, tenemos que actualizar y vivificar la "tradición", "pues sólo el contacto real entre los principios tradicionales y las necesidades del pensamiento actual puede dar origen a un tomismo viviente".³

El pensamiento de Tomás se nos presenta como una tradición viva que nos vivifica y nos permite ser creadores de nuestra propia historia si dejamos que ella nos interpele a la luz de nuestra propia realidad. Sin embargo, si el tomismo no es capaz de establecer ciertos principios fundamentales que son al mismo tiempo la razón de su originalidad y de su fecundidad, su pretendida actualidad no es más que una ilusión. La originalidad del pensamiento de Tomás no radica en su fidelidad a los principios de identidad, de razón de ser y trascendencia de ciertos conceptos, sino en una manera particular de interpretar, de elucidar y de fundar el contenido y el sentido de dichos principios siempre en relación intrínseca con la realidad concreta. El tomismo de hoy sería infiel al espíritu de Tomás de Aquino si pretendiese no tomar en cuenta las aportaciones del pensamiento contemporáneo. Un tomismo cerrado en sí mismo no podría ser una filosofía actual y viviente capaz de responder a las necesidades de la cultura moderna. El problema de la actualidad del tomismo es principalmente un problema práctico. Reactivando el pasado es como el pasado toma de nuevo actualidad para nosotros. Un tomismo actual, viviente, no es una cosa ya hecha, sino una tarea por hacer. Tarea sólo posible si vivificamos el mayor legado de To-

más de Aquino: su actitud siempre abierta frente a los problemas que se le presentaban.

Tomás de Aquino es un innovador en la creatividad de un mundo nuevo. Recordemos que la reflexión filosófica no es un campo particular separado del sistema social en su conjunto; la filosofía, como modo de expresión, posee un arraigo profundo en lo más profundo de las sociedades; así, la filosofía se elabora a partir de cierto código, de un lenguaje determinado, enmarcado por el momento histórico. Es un hecho aceptado actualmente que el siglo XIII representa una situación crucial para la historia de la cultura: surge en Occidente un nuevo modo de vivir, de pensar, de hacer arte o poesía, un nuevo modelo de sociedad; muere el feudo, nacen nuevas formas de vida política y nuevas órdenes populares de frailes, diversas del monaquismo precedentes y concordes con las corporaciones y municipios; entre Aristóteles en la Universidad de París. El hermano Tomás se enfrenta con los sostenedores heterodoxos de lo "nuevo", temerosos de que este se escape de la mano, y con los conservadores del orden antiguo. El Aquinatense no se limita a seguir al Estagirita ni a parafrasearlo: lo repiensa y edifica una nueva forma de hacer filosofía en una síntesis original en la cual metafísica, antropología, ética forman una sólida unidad.

Se halla en el centro de una crisis institucional, doctrinal y cultural de extenso y profundo alcance; hace suyos los problemas de su tiempo que no pierde nunca de vista, sino que lo medita y resuelve dentro de los problemas del hombre. Tomás de Aquino, frente a la crisis del siglo XIII sentía estallar dentro de sí su vocación intelectual, advirtió que su papel como pensador era el de ponerse a la vez al servicio del saber, dignidad del hombre, y al servicio de la Iglesia; o en otras palabras, al servicio de la verdad de la que el hombre es capaz. Creó una filosofía nueva, que no era aristotélica o platónica, o neoplatónica, o avicenzante, sino simplemente "tomista", sobre cuyo fundamento y con su ayuda repensó la teología.

Tomás de Aquino puede enseñarnos aún lo que significan tradición y progreso en su significado auténtico. Tomás de Aquino se atrevió y supo realizar el nuevo *intellectus fidei* en una forma que Anselmo no pudo sospechar, y al mismo tiempo empleó también el concepto aristotélico de ciencia acomodándole para un objetivo, en el que Aristóteles no pensó. Tomás separó totalmente fe y saber, dejando a la fe su trascendencia y a la razón su autonomía, por eso pudo unir ambas cosas en una sabiduría activa en el más pleno sentido e infinitamente fecunda. Sin entrar en detalles sobre el método teológico y filosófico del Aquinatense, veamos

ahora por qué es un innovador en la creatividad de un mundo nuevo.

Guillermo de Tocco, el más envidioso biógrafo de Tomás, ciertamente calificado para dar testimonio, ya que había escuchado sus lecciones en la Universidad de Nápoles (1272-1274), nos dice del Aquinatense lo siguiente:

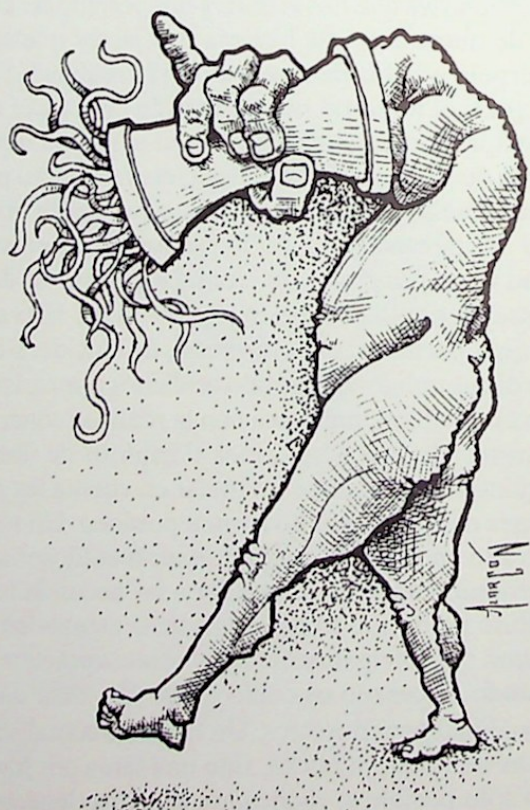
Habiendo sido nombrado bachiller (maestro asistente), como comenzara a demostrar aquello que, debido a su natural taciturno, había mantenido guardado en su espíritu, fray Tomás mostró haber recibido de Dios un saber tal que superaba al de todos los maestros. En efecto, durante sus cursos planteó problemas nuevos, descubrió nuevos métodos, se sirvió de nuevos sistemas probatorios, al escucharlo enseñar una nueva doctrina con nuevos argumentos, no era posible dudar que Dios, por irradiación de esta nueva luz y por la novedad de esta inspiración, le había concedido enseñar desde el principio con plena conciencia, nuevas opiniones de palabra y por escrito.⁴

Nótese que en el texto que hemos citado la palabra *novus* aparece ocho veces; se trata evidentemente de una repetición intencional de Guillermo de Tocco, manifestación un tanto cuanto ingenua de la impresión que había tenido ante la persona de Tomás. Quisiera comentar esta noticia, sobre todo porque en los documentos eclesiásticos que acreditan a Tomás de Aquino nunca ha sido citada. De hecho, estos documentos principalmente manifiestan interés sobre la *philosophia perennis*, si es que hay alguna, fuera de tiempo y del espacio, válida más acá y más allá de toda mutación y novedad. Ahora bien, según Guillermo, el hermano Tomás, motivado por el cambio cultural de su tiempo, encuentra la fuerza de renovación de su enseñanza. Contenido y método, espíritu y técnica, principios y conclusiones, estilo e inspiración, todos ellos elementos que hacen de su pensamiento algo realmente novedoso. La confrontación con la nueva cultura fue la razón y la motivación de toda su reflexión filosófica y teológica.

Tomás no imita a los pensadores de su época, no imita a Aristóteles, no se dedica exclusivamente a repetir lo que otros dijeron sobre la realidad; sino que investiga, escucha, dialoga, corre el riesgo de inventar caminos y propone nuevas posibilidades de explicación de la realidad tomando como base lo que considera válido en los pensadores que le precedieron. Esto se puede expresar con una paradoja: en Tomás nada hay que no sea de otro, pero nada de ello hay que no haya sido dicho de un modo original. Él nos enseña lo que significa instaurar un diálogo con los otros pensadores; él es un modelo de lo que debe ser el diálogo, del modo como se debe plantear y conducir. Su labor reflexiva se ins-

cribe en el cambio de las instituciones y de los espíritus que se estaba gestando en su momento histórico; en ese cambio cultural encuentra su tierra abonada, tanto en una nueva forma de leer la Escritura, tanto en su recurso a la razón antigua, tanto en la inteligencia de la fe que engendra un saber teológico, como en la pretensión de una sabiduría medida por el misterio de un Dios incognoscible. Esta temporalidad, lejos de reducir el valor del pensamiento de Tomás lo cualifica.

La filosofía de Tomás vale ciertamente por sus conclusiones, más todavía, por su construcción sistemática. Pero este valor nace en profundidad, de la confrontación lúcida y tranquila con la cultura de su tiempo. Así podemos hablar que la validez de su filosofía radica en ese espíritu de apertura y comunicación con la cultura de su tiempo. Esta es la herencia que nos legó primordialmente fray Tomás: un espíritu crítico abierto a la verdad, donde quiera que esta se encuentre; esto lo llevó a confrontarse con múltiples autores y a acceder mejor a la verdad. Mantuvo una disposición siempre constante por ser honesto ante sus adversarios al escucharlos con objetividad. A decir de él, amigos y enemigos contribuyen siempre a la objetividad de una discusión y disponen a escuchar opiniones opuestas y dejarse convencer por su exactitud. Raras veces aparecen



en sus escritos frases ásperas contra sus adversarios, pues permanece continuamente fiel a su posición de honestidad con sus adversarios.

Primero hay que escuchar los argumentos del contrincante, repetirlos, reflexionarlos y luego refutarlos. Tomás siempre permite al opositor expresarse ampliamente antes de darle respuesta, no sin antes descubrir lo que el parecer del otro tiene de correcto y verdadero, para que a partir de ahí se aduzcan las correcciones oportunas y pertinentes. Tomás está convencido de que es posible refutar el error del contrincante y convencerlo de la verdad objetiva. Esta apertura de espíritu y esta exactitud dialogante son las cualidades fontales y fundantes de la metodología filosófica-teológica de Tomás de Aquino, sin la cuales le hubiera sido imposible elaborar la nervadura de todo su pensamiento.

La filosofía —dice poéticamente Platón— es un diálogo del alma consigo misma respecto al ser, al conocer y al obrar. Y dice bien, porque en estos tres sectores señalados está comprendido todo el filosofar, y si se quiere ser auténtico, tiene que ser la investigación de la verdad de las cosas mismas. Tomás comprendió perfectamente esto, para él toda la filosofía es ciencia de lo real, del ser; el problema de la naturaleza, de la esencia, es el problema del ser y sentido de la realidad. Toda la filosofía es una respuesta a estas cuestiones: ¿qué son las cosas?, ¿qué es lo que constituye su naturaleza?, etc. La respuesta por la naturaleza de las cosas es el principio del filosofar, si por este entendemos la búsqueda de su ser, su *ratio essendi*, su verdad y su bondad. Para Tomás, el objeto de la filosofía son todos los entes cuya existencia o posibilidad tengamos noticia, y esto es sumamente actual, sin esta referencia a la realidad no hay posibilidad alguna de labor filosófica. Y creo que esto es la mejor herencia que nos dejó: una metodología para abordar el conocimiento de la realidad, una forma de hacer filosofía. Y no exageramos si decimos que en este espíritu radica fundamentalmente su actualidad, sin rechazar por ello lo que de expresión de la verdad se encuentra en sus escritos.

Por eso no tiene sentido servirse de Tomás para adaptarlo a Kant, a Hegel, a Husserl, etc., tratando de conciliar su metafísica con la ontología moderna; en cambio si tiene sentido situarse primero en el interior



de su pensamiento, profundizarlo y repensarlo, y después, partiendo de esa posición que puede ser una nueva perspectiva dentro de la metafísica del ser, concorde, pero no idéntica con la del Aquinatense, recuperar instancias o exigencias de este o de aquel filósofo moderno y dar respuestas no contrarias, ni siquiera yuxtapuestas o sobrepuestas o superficiales, conciliadoras con respecto a la misma metafísica del ser, sino convenientes y adecuadas a esta, porque la "verdad es sinfónica", dado que nunca llega a saberse todo y con esto se confirma que no sabemos nada, ya que un sólo detalle ignorado podría mostrarnos bajo una nueva luz fracciones enteras de la realidad.

Los sincretismos, los eclecticismos son característicos de las culturas decadentes que nunca son creadoras. Se "ponen al día" los manuales, no las grandes concepciones de la vida: estas se repiensen en síntesis nuevas •

Notas

¹ Cfr. *Optatum totius*, núm. 16; véase también la nota 36 del mismo documento.

² *Sen et Non-sens*, p. 189.

³ De Raeymacker, *Introduction à la philosophie*, Louvain, 1947,

p. 180.

⁴ Guglielmo di Tocco, "Vita S. Thomas Aquinatis", en *Fontes vitae S. Thomae*, Saint Maximin, 1937, p. 81.